

ANGEL MÚSICO

Primer tercio del siglo XVIII

Madera policromada

50 x 18 cm.

Procedencia desconocida

Donación de D. Manuel Díez Sanjurjo

Nº Inv.: 289

Para embellecer y completar los múltiples edificios erigidos en la época barroca en Galicia, surgirán un gran número de escultores y entalladores que con sus obras -retablos, coros, fachadas o bien escultura exenta- contribuirán a la magnificencia y riqueza del arte.

Tanto en el siglo XVII como en la primera mitad del XVIII, predominarán los temas religiosos, dándose apenas la escultura civil o de carácter funerario. Es el momento de los grandes retablos y dentro de los temas religiosos, se da preferencia por los Cristos, Dolorosas, Inmaculadas, santos de devoción popular, los grandes Apóstoles y santos de reciente canonización. La evolución formal de las tallas denota un gusto por la diagonal y los escorzos indicando movimiento; a esto contribuye el tratamiento de los plegamientos, ahora más ampulosos y que muchas veces parecen movidos por el viento. Se empleará como material, generalmente, la madera policromada, y a medida que avanza el siglo XVII y plenamente en el XVIII, se utilizarán muchos elementos postizos: ojos y lágrimas -de pasta de cristal- cabellos, pestañas, etc., que servirán para acentuar el realismo.

En el primer tercio del siglo XVII la escuela escultórica gallega tendrá su centro artístico en las ciudades de Ourense y Lugo, manteniendo ciertas conexiones con la escultura castellana, con los años se desplazará este núcleo a Santiago. En los primeros años del siglo XVIII, algunos artistas siguen aferrados a los cánones de la centuria anterior, aunque poco a poco nos adentramos en el rococó. Adquieren ahora importancia inusitada los retablos, generalmente de gran tamaño y recubiertos de oro; la ciudad de Santiago será el centro más relevante de toda la actividad artística.

Uno de los artistas que destaca en el primer tercio del siglo XVIII es Francisco de Castro Canseco, a quien se le atribuye, bien de manera

personal o bien a su taller, la pieza a analizar. Natural de Valderas (León), donde nació alrededor de 1655, será uno de los escultores de mayor producción en la Galicia de su época. No se conocen bien los motivos que lo traen a nuestra tierra, tal vez su ascendencia gallega por parte paterna o el venir a formarse con alguno de los grandes maestros compostelanos como Domingo de Andrade, de quien se supone alumno, según aventura Concepción Caramés, o el contrato de la obra del coro del Real Monasterio de Santa María de Sobrado. Su presencia en Galicia se constata desde el año 1693, en Melide.

Será en la ciudad de las Burgas, en la conocida plaza de las Mercedes, donde establece su residencia definitiva en el año 1696, con el fin de hacerse cargo de la talla iniciada por Domingo de Andrade en la capilla del Santo Cristo, primera de las numerosas obras realizadas en la catedral ourensana. Como muestras de su arte tenemos también el retablo del convento de Santo Domingo y la sillería del coro de la iglesia del convento de San Francisco. Fuera de la ciudad trabaja también en Ribadavia, en Celanova, en la fábrica de la fachada del convento de Oseira, y ya lejos de nuestra provincia, en Tui y en Santiago (altar mayor de San Paio de Antealtares). Fallece en el año 1724.

Canseco, aunque es considerado más entallador y ensamblador que imaginero, logró obras de extraordinaria ejecución, tanto de bulto redondo como en relieve. Bastarían para consagrarlo en este sentido, las imágenes de la Virgen del Rosario de la iglesia ourensana de Santo Domingo o el relieve del Descendimiento de la Capilla del Santo Cristo. Los ropajes amplios, quebrados y angulosos imprimen a sus figuras gracia y movimiento.

La talla que ingresa en el Museo, gracias a la donación de D. Manuel Díez Sanjurjo según consta en las actas de la Comisión en el año 1901, representa a un angelote músico sobre peana de nubes ondulantes. El giro del cuerpo a su derecha, en contraposición a la postura de los brazos que sujetan el instrumento, le proporciona un movimiento inestable, subrayado por los ropajes quebrados y angulosos que descubren una de las piernas, imprimiendo a la figura armonía y movimiento. Muestra rasgos faciales bien marcados y definidos, minuciosa talla de los cabellos rizados y cuidada anatomía de suave modelado y gordechas carnes, así como gracia en la delicada postura de los dedos y en las mejillas hinchadas mientras ejecuta la interpretación musical. La policromía de la túnica está realizada

con la técnica del estofado, a base de motivos vegetales sobre el fondo verdoso de las telas.

Aunque no se conoce su procedencia, este pequeño ángel músico, tal vez formase parte de un grupo dedicado a la Virgen. A partir del siglo XIV numerosos temas, hasta entonces apenas tratados en la escultura de bulto redondo, se desenvuelven jugando un papel esencial en los programas iconográficos. Las figuras de los ángeles están a menudo presentes en los temas de la “glorificación divina”. La modalidad de los ángeles músicos se asocia frecuentemente a la coronación de la Virgen María, haciendo sonar diversos instrumentos musicales, contribuyendo al gozoso esplendor de la escena. No siempre llevan su característica esencial, las alas, símbolo de la capacidad de desplazamiento entre el cielo y la tierra, y casi siempre van descalzos como símbolo de pureza. En el Apocalipsis de San Juan, los ángeles forman parte activa tocando tubas y flautas. También es frecuente la participación de los mismos en las escenas del Nacimiento de Jesús, justificada su presencia por el gozo y los cánticos de alabanza, tal como se indica en el Evangelio.

Los áticos de los retablos barrocos fue el lugar predilecto para colocar a los ángeles músicos y también en las cúpulas; aparecen asimismo representaciones de ángeles y santos músicos en las sillerías de los coros y grandes orquestas de los mismos, formando parte de las cajas de monumentales órganos.

La música y todo aquello que con la misma se relaciona, está presente en las diversas manifestaciones del arte plástico, en la escultura, en el grabado, en las orlas y viñetas de las miniaturas, tapices, en el mobiliario litúrgico (algún facistol se remata con la figura de un angelical músico) y más singularmente, en la pintura.

Finalmente recogemos las hermosas palabras que San Isidoro de Sevilla menciona en las Etimologías al referirse a la música: *“La música hace vibrar las almas y cuerpos, enciende a los combatientes, anima a los navegantes, sostiene la fatiga de los labradores, apacigua los ánimos excitados, hasta las fieras se estremecen con sus modulaciones; nuestra voz, nuestro pulso, nuestro corazón, marchan al ritmo de la armonía y cadencia musical”*.